


AYUNTAMIENTO
MUNICIPAL
MADRID

MUSEO DE LOS NIÑOS.

MUSEO
DE LOS NIÑOS.
1923.

Madrid 1923. - 7171 3102

MUSEO DE LOS NIÑOS.

Madrid 1847.—Estab. tipog. de Mellado.

Ayuntamiento de Madrid

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Ayuntamiento de Madrid

AYUNTAMIENTO
DE MADRID
CINCO



MADRID
DE LOS REYES
1807

MUSEO DE LOS NIÑOS.

À LOS LECTORES.



Después de lo que dijimos en el prospecto, poco es necesario añadir para explicar nuestro pensamiento. No vamos á escribir un periódico de educación sino de *útil recreo*; así, pues, cualquiera que sea la materia sobre que versen los artículos, tendrán siempre una forma amena y agradable, como un objeto moral ó provechoso. Acomodando nuestros escritos á la inteligencia y capacidad de los niños, aspiramos no obstante á hacernos *leer por todos*, y lo conseguiremos sin duda, porque el periódico será una variada colección de interesantes lecturas; un ramillete de hermosas y distintas flores de tal modo escogidas, que ni sus espinas hieran, ni su fragancia perjudique. En una palabra, vamos á formar un MUSEO de cuadros históricos, científicos, morales ó fantásticos, trazados con la pluma y animados por el buril del artista; este MUSEO lo dedicamos á los Niños, designando con esta palabra genérica, no solo las distintas edades de la juventud, sino los diferentes sexos. Hé aquí la esplicacion del título que hemos adoptado.

Abril de 1847.

En cuanto á la forma , no es tan poco mucho lo que necesitamos decir; nuestro plan fué desde luego unir á una edicion lujosa y esmerada , una baratura sin egeemplo. Hemos querido poner nuestro periódico al alcance de las medianas como de las grandes fortunas, reduciendo su precio á un punto tal, que el mas insignificante juguete de los que se compran á los niños, vale mayor suma que un número del Museo ; y sin embargo, ¡ qué diferencia en cuanto á la utilidad!

Bastan estas indicaciones para que se nos pueda juzgar con acierto ; el resto , el tiempo y la esperiencia lo dirán. No es esta la vez primera que dedicamos con feliz éxito nuestras tareas al público, quien no presumimos nos niegne ahora la indulgencia á que nos tiene acostumbrados , así como no escasearemos nosotros las pruebas de gratitud y buen deseo de que hemos dado tan repetidos egeemplos.

Madrid 5 de abril de 1847.



NIÑOS DE LA BIBLIA.

INTRODUCCION.

La influencia saludable ó perniciosa de la lectura es asunto de la mayor importancia, cuando este poderoso medio de moralizacion se dirige principalmente á los niños. En la primera edad de la vida es cuando mas importa infundir por este medio en los tiernos corazones de los niños, los sentimientos que les han de hacer virtuosos, y por consiguiente felices, en el resto de su vida.

Por esta razon tan poderosa, al emprender una serie de lecturas, dedicadas á los niños y puestas á su alcance, hemos determinado tomar de LA BIBLIA el asunto de nuestros artículos, presentando sucesivamente á nuestros amables lectores, todas las acciones virtuosas, los rasgos notables, caracteres y ejemplos que nos ofrecen los libros sagrados. Y como que de estas acciones hemos de entresacar principalmente las ejecutadas por los niños, y de los sucesos solo hemos de referir los que ofrezcan circunstancias que puedan interesarles, de aqui el titulo de *Los niños de la Biblia*, que hemos puesto á la obra y que servirá de epigrafe á toda la coleccion.

Acaso no pudiéramos haber encontrado otro asunto, ni mas vasto, ni mas interesante, ni mas fecundo en acontecimientos heróicos, sublimes, y sobre todo, verdaderos; pues creemos que estos han de producir en los niños impresiones mas favorables á la virtud, que las obras puramente de imaginacion, sin quitarles á estas por lo dicho, su mérito relativo.

Presentando á los niños, personajes de su misma edad, reales y efectivos, practicando virtudes dignas de imitar, podrán conocer la importancia de las cosas serias é instructivas, y se podrá tambien probar con ejem-

plos irrecusables, que no solo á las personas adultas envia Dios su Santo Espíritu, sino que á los niños, y muy particularmente á los niños, envia su bendicion é infunde su espíritu y sabiduria.

Los libros del antiguo y nuevo testamento atestiguan sin cesar esta verdad: la predileccion de Dios en favor de Jacob, de Josef, y de Moisés, se manifestó cuando todavia eran muy niños. David salia apenas de la niñez cuando con el auxilio del Señor, derribó al gigante Goliath, y con este auxilio salieron tambien libres y salvos los niños del horno encendido en Babilonia. Samuel no era mas que un niño, cuando asistiendo al templo obtuvo las revelaciones del Eterno, y en fin, el mismo Jesus, que á la edad de doce años disputaba en el templo con los doctores, asombrándolos con la sabiduria de sus respuestas, declaró despues terminantemente, que Dios recibe sus alabanzas de boca de los párbulos y aun de los que están al pecho de sus madres.

Jesus, el hijo de Dios, es el mejor amigo de los niños: mientras permaneció en este mundo, siempre estuvo rodeado de ellos. Por todas partes acudian las madres á presentárselos, porque las madres no conocen obstáculos cuando se trata de la felicidad de sus hijos, y Jesus los recibia con afabilidad, haciendo descender sobre ellos las bendiciones del cielo, y cuando hubo personas que juzgaron á los niños como seres de poca importancia para llamar la atencion de Jesus; cuando los Apóstoles mismos creyeron que llegasen á importunarle, el divino Redentor pronunció estas memorables palabras:

—Dejad que los niños lleguen hasta mí: el reino de los cielos es para los que se parecen á ellos.

He aqui, niños, espuesto el pensa-

Ignacio Ferrnando

miento que vosotros mismos habeis inspirado. La idea de instruiros por medio de esclarecidos egemplos, elevando vuestra alma é inspirandoos amor á la virtud y al cumplimiento de vuestros deberes, es demasido grata para dejar de proseguirla con empeño. El estilo no puede ser aqui enérgico y caballeresco como en otra clase de hechos históricos, sino el mas adecuado al texto auténtico y á la magestuosa y primitiva sencillez de la Biblia. Las libertades que aqui, como en otros trabajos históricos, nos tomemos para animar y embellecer la narracion, nunca serán á espensas de la verdad en el fondo de los sucesos. En este particular ya tenemos dadas algunas pruebas.

I.

CAIN Y ABEL.

Los deliciosos cánticos de las aves anuncian la aurora de un sereno día. La naturaleza entera, en todo el primitivo esplendor con que salió de manos del Criador, ofrece un magnífico espectáculo que embelesa á los dichosos mortales destinados á gozarle.

Cain y Abel los dos hijos de Adan se dirigen presurosos á la campiña, no á recrearse en las bellezas naturales, no á ocuparse en sus faenas campes- tres, sino á poner en ejecucion el designio que llevan meditado. Su padre despues de haberles dado idea del Ser Supremo, despues de haberles hecho conocer su grandeza en los elocuentes testimonios que de ella presenta el universo, les ha indicado tambien el deber en que se hallan de rendir homenaje á tan benéfico ser y de darle muestras de su gratitud y su respeto con actos exteriores de adoracion.

La idea del culto eterno, aunque no hubiera sido revelada por Dios al primer hombre, se la hubieran inspi- rado á este los mismos sentimientos de su corazon. Dios infinitamente perfecto y autor de todos los bienes, nada necesita de parte de los hombres, ni estos podrán hallar jamás cosa que pudiera corresponder á la grandeza

del Criador; pero esta misma grandeza y bondad debe ser reconocida y aca- tada por las criaturas con actos no solo internos sino externos de adora- cion. Los hombres son los que necesi- tan invocar al Ser Supremo en sus ne- cesidades y darle gracias por sus be- neficios.

Estos sentimientos piadosos anima- ban á los dos hijos de Adan al tiempo que se dirigian á buscar una ofrenda para el Señor, en aquellos bienes con que la misma fecunda naturaleza les brindaba.

Ya están erigidos los altares: cada hermano deposita en el suyo su ofren- da, y prosternándose ante aquella ara, sublime en su misma sencillez, diri- gen sus oraciones al cielo.

—¡Oh! Señor omnipotente! esclama Abel, tú que has formado el cielo y la tierra y cuanto en ellos se con- tiene; tú, Señor, á quien somos deu- dores de cuanto poseemos, recibe propicio esta ofrenda que te consagro. Mas quisiera ofrecerte, pero tú, Señor, sabes la pureza de mis deseos y la gratitud de mi corazon!

La plegaria está terminada; pero un prodigio extraño deja suspensos á los dos hermanos y produce en ellos muy distintos efectos. La ofrenda de Cain allí está intacta y olvidada sobre la piedra, mientras que la de Abel, consumida por fuego del cielo, exha- la aquel grato aroma, indicio de lo acepta y agradable que es ante el trono de la Divinidad.

El inocente Abel cuyo genio é incli- naciones se avenian mejor con la vida tranquila y apacible, se habia dedica- do á apacentar los rebaños, y para victima del sacrificio habia escogido un cordero primogénito, el mas sano, limpio y hermoso de cuantos poseia. Cain que se habia dedicado á las la- bores del campo, no habia ido como su hermano á mirar y remirar lo mejor que podia ofrecer en las aras de la Divinidad, sino que poseido de un abominable sentimiento de egoismo, dejando los lozanos y ópimos frutos que la tierra le ofrecia, fué á escoger los mas despreciables y marchitos. Esta accion impia no podia quedar sin cas-

tigo, y Dios empezó á manifestar el que á Cain preparaba, con el menosprecio que hacía de sus ofrendas.

Grande fué la indignacion de Cain y terrible la cólera que le dominaba. La envidia, la atroz envidia, hija del egoismo, se apoderó de él y le hizo desconocer las mas dulces simpatias de la fraternidad, le hizo atropellar las leyes de la naturaleza y romper con mano airada los vínculos de la sangre. Dis-

mulando la turbacion que le agita, dice á su hermano:

—Ven conmigo: vamos por el campo. Abel, inocente y sin sospechar la borrasca que agita el pecho de su hermano, le sigue tranquilo hasta que habiendo traspuesto la colina que les oculta la vivienda de sus padres, se encuentra sorprendido y sujeto por el brazo vigoroso de Cain, cuya impaciente saña le precipita á descargar



MUERTE DE ABEL.

sobre su hermano el funesto golpe..... golpe que fué mortal.

Abel cayó sin proferir una queja, sin exhalar un suspiro, sin verter una lágrima. La palidez de la muerte cubre ya su rostro, y sin embargo la serenidad de la inocencia brilla todavía en su hermoso semblante; pero su sangre está allí enrojeciendo la tier-

ra y clamando al cielo contra el autor del asesinato. ¡Terrible espectáculo! Aquel era el primer homicidio cometido sobre la tierra; aquel delito iba á llenar de consternacion á toda la familia de Adán y de horror al género humano. Solo los serafines celestiales, pulsando sus arpas de oro, celebraban la muerte del justo, del nuevo ángel

que habia de remontarse al empireo.

Cain en tanto, abatido, consternado, conoce toda la enormidad de su crimen; el vapor que exhala la sangre de su víctima le ofusca, y hasta la claridad del dia parece que se ha eclipsado para él. Un estremecimiento convulsivo le agita; vuelve el rostro y reúne todas sus fuerzas para huir despavorido de aquel sitio; pero en medio de su carrera se queda clavado en tierra, al escuchar la voz del Omnipotente que resuena en los aires sobre su cabeza:

—¡Cain! ¡Cain! ¿dónde está tu hermano?

En vano los balbucientes labios de Cain procuran hallar disculpa á la acusacion que aquellas terribles palabras envuelven: lleno de confusion y oculto el rostro entre las manos, tiene que escuchar hasta el fin su sentencia.

—La sangre de tu hermano Abel, dice el señor de los cielos, clama hasta mí desde la tierra. Maldito y aborrecido seras tú sobre esa tierra empapada

en la sangre de tu hermano. Espinas y abrojos en vez del fruto apetecido te producirá cuando la cultives, y sobre ella vivirás errante, solitario y aborrecido de tus semejantes.

Cain, el fratricida, desechado por Dios y marcado con la señal de perpetuo temblor que le duró toda su vida, se retiró acia el oriente del Eden, donde su progenie, pobladora de aquellos sitios, persistió en el sendero de la corrupcion. Al misero Cain, ni aun le fué dado llegar al prolongado término de vida y á la pacífica vejez que caracterizaron á los antiguos patriarcas. En una de sus solitarias escursiones fué atravesado por una flecha que le disparó Lamech, teniéndole por fiera silvestre.

Tales son los funestos efectos de la envidia, antiguo vicio que desde el principio del mundo empezó á hacer sus estragos en aquellos que por estar unidos con los vínculos de la naturaleza, mas deben amarse mutuamente.

F. F. VILLABRILLE.

LEYENDAS HISTORICAS.



AVENTURAS MARAVILLOSAS

DE LYDERICO,

PRIMER CONDE DE FLANDES.

El origen de los condes de Flandes, tuvo principio, si hemos de dar crédito á las crónicas, en el año de 640: como todo grande poder su cuna está rodeada de esas tradiciones misteriosas, conocidas por todos los pueblos y perpetuadas desde Semiramis hija de las palomas, hasta Rómulo y Remo alimentados por una loba; vamos, pues á presentar esta tradicion con toda la sencillez que la caracteriza.

Hacia el fin del año de 628, siendo papa Bonifacio V en Roma, y teniendo el peder Clotario sobre el imperio de los francos, Salwart, princi-

pe de Dijon, volviendo en compañía de su esposa Ermengarda, despues de haber bautizado en una iglesia muy venerada á Lyderico su primogénito, atravesaba el bosque de *Saint-Merci*, cuyo nombre le daban, porque por estos contornos ejecutaba sus actos de bandolero, Phinauto, principe de Buck, pero á pesar de la prevencion con que siempre se transitaba por ste parage; Salwart, confiado en su valor, no llevaba para el resguardo de su persona mas que cuatro de sus servidores. Ocultaba el sol sus esplendorosos rayos entre las espesas sembras de la noche, cuando llegaba á un sitio bastante sombrío del bosque, y fué sorprendido por unos veinte hombres mandados por un gefe que al ver su elevada estatura, no era muy difícil reconocerle: con efecto, era el principe de Buck. A pesar de la inferioridad

del número de gente que llevaba Salwart, no quiso rehusar el combate, pues aun cuando no tenía esperanza devencer, calculó que mientras duraba la pelea, tanto su esposa como el recién bautizado niño, se podrían poner en salvo. Efectivamente, á favor de la oscuridad de la noche. Ermengarda se dejó escurrir del caballo, y puesto el pié en tierra marchó corriendo á ocultarse en las espesuras del bosque, y confiando en la providencia de Dios, á la vez que cumpliendo con los deberes de madre y esposa, ocultó á su hijo en medio de un matorral que estaba próximo á una fuente, conocida con el nombre de la fuente del *Sauce*, por los muchos que la rodeaban. Despues de haber rogado á Dios ardentemente por la salvacion de su hijo, volvió al lugar donde habia dejado á su marido á fin de participar de su suerte, ya estuviera muerto, libre ó prisionero.

Llegó por fin al sitio donde habia tenido lugar el combate y encontrando ocho cadáveres tendidos en la tierra, á favor de los cenicientos rayos de la luna que lucia en medio de el horizonte, pudo examinar los rostros de todos ellos, y reconocer que de los ocho eran cuatro los compañeros de su marido, y los demas pertenecientes al de Buck. La desconsolada esposa, desde luego aseguró que Salwart habia caido prisionero, pues conociéndole á fondo le creyó incapaz de emprender una fuga vergonzosa. En este mismo instante percibe á la luz de unos hachones algunos hombres armados, y en orden de formacion, que caminaban en direccion á un fuerte castillo, que en otro tiempo habia sido una ciudadela romana, y reconociendo por la alta estatura del hombre que á caballo los precedia al gefe que habia empeñado el anterior com-



bate, no dudó un momento que entre ellos iba su marido, por lo cual convencida de que era un deber estar al lado de su esposo, se precipitó cuanto pudo para reunirse á la fatal comitiva. No se habia engañado en sus presentimientos, porque vió que el conde herido mortalmente, iba conducido por cuatro soldados en una camilla, los cuales se separaron algun tanto para

dar lugar á la presunta viuda, y el de Buck regocijado al ver dos prisioneros en lugar de uno, continuó su marcha hácia el castillo, á donde llegaron todos al cabo de una media hora escasa.

El conde murió aquella misma noche, despues de haber rogado á Dios por su hijo, y la condesa quedó prisionera.

Al día siguiente, el príncipe de Buck, ofreció á la condesa de Salwart, darle la libertad que deseara á precio de sus estados, ó al menos de una gran parte de ellos; pero Ermengarda respondió, que tales como los había recibido de sus padres debía conservarlos para su hijo, negándose por consiguietne, á todo género de trato, y añadiendo que tanto su marido como ella habían recibido sus bienes de Dios, y que á Dios solamente tocaba disponer de ellos. El príncipe de Buck, indignado con semejante respuesta dispuso estrechar mas todavía la cautividad de la condesa, esperando quizás que algun día, cansada de una prisión tan prolongada, obtendría por este medio lo que ambicionaba. El príncipe de Buck, volvió á hacer de bandidero en los bosques de Sain-Merci, y Ermengarda continuó en perenne ruego sobre la tumba de su difunto esposo.

No muy lejos del sitio donde había tenido lugar el mencionado combate, había una ermita habitada por un anciano anacoreta, que había hecho muchos milagros en cierta época de su vida; pero que viendo la perversidad de costumbres que iba de día en día adquiriendo la especie humana, había determinado descansar, porque conceptuaba á los hombres indignos de las celestiales maravillas que él les ofrecía, por lo cual, la mayor parte del tiempo permanecía retirado en el fondo de su gruta, viviendo solamente de la leche de una cierva que todos los días iba tres veces á presentarle sus tetas. El ermitaño bebía una parte de esta leche, y la otra la cuajaba, de manera que con algunas raices y legumbres que arrancaba en el terreno cercano á su gruta, se encontraba con provisiones abundantes, y gracias á su natural frugalidad había mas de cinco años que observaba este método de vida, sin haber pisado las calles de ninguna ciudad ni aldea.

Observó cierto día el buen anciano al tiempo de darle la cierva el diario sustento, que sus tetas venían muy descargadas de leche, y aunque tuvo la bastante para beber, le faltó la

que correspondía para hacer la cuajada, lo cual atribuyó á algun incidente natural que indudablemente debía desaparecer, y esperó al siguiente día; pero cuando este hubo llegado, no solamente vió que le faltaba leche para la cuajada, sino que no tenía lo bastante para beber. Sin embargo el buen anacoreta tuvo paciencia y esperó que las cosas cambiáran; esto le parecía tanto mas probable, cuanto que veía á su cierva sin ningun síntoma de mal y mas alegre que nunca; pero al cuarto día, la cosa fué de mal en peor: la pobre cierva tenía sus tetas tan agotadas, que el ermitaño no encontrando leche que beber se vió precisado á salir de su gruta en busca de agua, aprovechándose al mismo tiempo de esta circunstancia para proveerse de raices, porque hacia dos días que guardaba la mas rigorosa dieta, y su provision era tan escasa, que por poco que la disminuyese, la abstinencia llegaría ya á un extremo insoportable. No se equivocaba en sus conjeturas, porque el día despues la cierva se presentó con las tetas enteramente vacias.

Esta vez el ermitaño no dudó de lo que presumia, y era que algun ladrón frecuentaba el camino de su provisoro é interceptaba los viveres del pobre anacoreta. Sin embargo, antes de concebir tan terrible sospecha contra su prógimo, resolvió asegurarse bien de lo que pasaba, y en la mañana del sexto día, como la cierva viniese á hacerle su visita como tenia de costumbre, el anciano cerró la puerta de la ermita despues que entró.

Todo aquel día lo pasó el pobre animal en medio de la mas estremada inquietud, dirigiéndose desde lo interior de la ermita á la puerta, desde la puerta al ermitaño, y berreando de un modo tan lastimoso, que el anciano no pudo menos de pensar que todo aquello era un signo de alguna cosa estraña y la que él no podía adivinar. Durante todo el tiempo que la cierva permaneció encerrada, sus tetas se llenaron como en los días de su mas grande abundancia, por lo cual el ermitaño aprovechándose de la ocasion la ordeñó nada menos que tres veces, y

vió con evidencia que la falta de leche que la cierva había experimentado en los días anteriores, en manera alguna podía atribuirse á su esterilidad.

A la caída de la tarde, el ermitaño entreabrió la puerta de su cabaña para calentarse, como tenia de costumbre con los últimos rayos que el sol despedía; pero á pesar de la precaucion empleada á tiempo de abrir, para que la cierva no se escapase, el animal no quiso estar por mas tiempo prisionero, y así que descubrió una cavidad suficiente á deslizarse, se lanzó con tal violencia fuera de la ermita que dejó caer al anciano, y comenzó á correr gozosa y retozando por medio del bosque.

El pobre anacoreta se levantó como pudo; se confundia y no acertaba á comprender porque la cierva obraba de este modo, creyéndola incapaz de semejante acto de violencia, hasta para recobrar su libertad, pues el anciano recordaba que en cierta época que estuvo enfermo, había visto á su cierva pasarse los días enteros echada al lado de su humilde cama sin salir de la gruta mas que algunos instantes que necesitaba para pacer la yerba, lo cual efectuado se volvía corriendo al lado del enfermo, y esto le hizo concebir la idea de la existencia de un misterio, apartando de su mente lo que antes había creído.

Sus sospechas fueron tanto mas probables, cuanto que la cierva no pareció al siguiente día: durante los cinco años que había tenido en su poder al fiel animal, esta era la primera vez que había faltado á sus costumbres. Sin embargo el buen ermitaño esperó hasta bien entrada la noche y la cierva no pareció.

El anciano al otro día comenzó á estar mas inquieto y á recelar alguna desgracia hacía su compañera, por lo que no bien hubo amanecido, abrió su puerta y observó con notable sorpresa que su querido animal estaba pastando á cierta distancia de la ermita. La cierva cuando vió al anacoreta empezó á demostrar su alegría por medio de retozos; mas no por eso adelantó un paso mas hacia la gruta.

Llamóla el ermitaño y la cierva se puso á mas larga distancia, pues aunque siempre había acudido apresurada á la voz de su amo, esta vez se contentó con volver la cabeza hacia la parte donde la llamaban enderezando las orejas. Entonces el penitente dió algunos pasos hacia la cierva, y esta se fué alejando á medida que aquel se aproximaba, cuyos movimientos indicaban que acordándose del encierro que el día anterior había experimentado, no queria esponerse á quedar por segunda vez prisionera.

Este mimico language, era demasiado significativo para que el anciano le dejase de comprender, y por lo tanto formó la resolucion de descubrir el origen de un cambio tan extraño como repentino, de modo que poniéndose en observacion vió que á eso de las doce dejó la cierva de pacer, formando el intento de penetrar en el bosque, y el ermitaño la siguió; pero como si el animal hubiese comprendido las intenciones del anciano continuó su marcha dando saltos y brincos y cuidando no alejarse mucho á fin de que el penitente no perdiese de vista á su guía.

La cierva, condujo de este modo al anciano hasta llegar á un delicioso valle cubierto de sauces; sus altas y húmedas ramas caían encurvadas en forma de llorones en un cristalino arroyuelo, cuyo manantial conocia muy bien el ermitaño, por haber ido á beber á él con frecuencia. Cuando la cierva llegó á este parage dió tres ó cuatros brincos y desapareció; pero el penitente anduvo un poco mas á prisa y llegó al sitio donde había perdido de vista á su animal, y deteniéndose allí, miró á todos lados sin descubrir otra cosa mas que un espeso y elevado matorral sobre el cual estaba cantando un ruiseñor; mas no tardó mucho en escuchar en medio de este espeso matorral el dulce berrido de la cierva; aproximóse entonces con precaucion y la apercibió alimentando á un niño de tres ó cuatro meses, que con sus delicaditas manos cogia las tetas del caritativo animal. Ya pareció el ladrón.

El ermitaño se hincó de rodillas,

elevó sus manos al cielo y dió gracias al Omnipotente por su grande misericordia. Levantóse despues, y no queriendo dejar á aquella débil criatura, espuesta á merced de los animales fe-

roces, de los cuales se habia salvado hasta entoncees como por un milagro, la colocó entre sus brazos, y arropándola luego con la falda de su hábito se la llevó á su ermita



La cierva le siguió, mirando al niño y lamiendo las manos del anciano. Este llamó al niño Lyderico, en memoria del ruisenior que cantaba sobre el matorral donde le habia encontrado: *lieder*, en antiguo aleman queria decir, alegre cancionero.

Ya se deja comprender, que desde este dia, el buen anacoreta tuvo precision de sustentarse con agua y legumbres, porque conservaba para el niño toda la leche de la cierva, por lo cual la criatura hallada, llegó á estar maravillosamente sana y robusta; á los ocho meses Lyderico se tenia de pié y á los diez ya comenzaba á hablar. El ermitaño le enseñó á leer en la Biblia, pero el niño de todas las historias, las que le gustaban mas eran las de Nemrod, Sanson, y Judas Macabeo, por lo cual desde luego que pudo correr se procuró una honda y un arco, y bien pronto llegó á ser tanta su destreza, que por lejano y pequeño que fuese el objeto que le servia de blanco, tenia la seguridad de alcanzarle y dar en él, ya con la flecha ó bien con la piedra.

Sus fuerzas se aumentaban á proporcion de su destreza, de modo que

á la edad de ocho años era tan fuerte como un hombre cualquiera; habia cumplido los diez años, y un dia se paseaba como tenia de costumbre con su ama de cria, que ya comenzaba á envejecer, y esta de repente se vió acometida por un lobo hambriento que intentaba despedazarla; pero Lyderico se avalanzó sobre el feroz animal, y cual otro Sanson, le ahogó entre sus manos: despues con la piel de esta fiera se hizo un vestido, de la misma forma que lo habia visto en los grabados bizantinos de la Biblia del viejo anacoreta, es decir como Sanson se lo habia hecho del pellejo del leon.

Como él no se servia de su honda y de su arco mas que para las aves de rapiña y las fieras, todo aquello que era débil y bonito, le gustaba y le entretenia: los conejos acudian á ponerse en su presencia: los corzos le seguian lo mismo que si él hubiera sido pastor de su salvage rebaño, y los pájaros volaban por encima de su cabeza entonándole sus trinos y cantos mas deliciosos; mas entre este gran número de encantadoras aves, eran los ruiseniores los que con mas solicitud pro-

curaban su deleite; de estos ruiseñores habia todos los años un nido sobre el espeso matorral donde él habia sido encontrado. El melodioso lenguaje de estos pájaros tan ininteligibles para los demas le comprendia Lyderico.

El viejo ermitaño veia todo esto llorando de gozo, y asegurando que este jóven habia sido bendecido por la Divina Magestad.

El primer pesar que Lyderico experimentó fué causado por la muerte de su madre adoptiva, é ignorando el niño lo que era la muerte, el buen anciano se lo esplicó, cuya esplicacion en vez de consolarle le puso mas triste todavía. Por último, lleno de pena abrió un hoyo en la tierra y dió sepultura á la cierva; sentóse al lado de la tumba y comenzó á llorar con el mayor desconsuelo.

Entonces un ruiseñor se puso á cantar: Lyderico alzó la cabeza y escuchó lo siguiente que el pájaro decia:

«Todo nos viene de Dios, y todo vuelve á Dios.—El ívide, en un segundo, el insecto en una hora, la rosa en un día, la mariposa en seis meses, el ruiseñor en un lustro, la cierva en quince años, y el hombre en un siglo; pero desde el ívide que ha vivido un segundo, hasta el hombre que ha vivido un siglo, una vez muerto, se parecerá, al ívide, al insecto, al ruiseñor, á la cierva y al hombre, pues todos habrán vivido el mismo tiempo, porque no tendrán otro reloj que el de la eternidad, del cual sale una estraña voz que dice:—*Nunca*— y otra que responde:—*Siempre*.»

«Dios es inmortal, alabemos á Dios.»

Y el ruiseñor entonces, se puso á trinar, en su acostumbrado lenguaje, un cántico tan lleno de fé, que Lyderico alzó los ojos al cielo, y un rayo de sol secó las lágrimas que corrían por sus megillas. El niño estaba ya consolado.

Sin embargo, el consuelo no debe ser el olvido de lo pasado: hay uno que es hijo de la fé, otro del egoismo. Todos los dias venia Lyderico á visitar la tumba de su querida cierva, sobre la cual regaba flores, al mismo tiempo que cantaban los pájaros que la rodea-

ban; pero el césped creció hasta el estremo de llegar á confundirse con el césped inmediato, y al fin del año, apenas podia reconocerse el lugar donde la cierva habia sido enterrada. Llegó el invierno y la tierra se cubrió de nieve, mas no bien apareció la dichosa primavera, que se vió cubierto aquel parage con un risueño tapiz de yerba adornado con vistosas y distinguidas flores, porque la naturaleza le habia embellecido mas que nunca; pero no habia quedado el menor vestigio de la tumba de la pobre cierva, tanto que al mismo Lyderico le fué totalmente imposible volver á encontrar el mismo sitio.

Mientras que Lyderico le buscaba con afan, el ruiseñor cantaba:

«Busca, Lyderico, busca; pero ten presente que buscas en vano, porque el mundo no está formando mas que de restos humanos: cada átomo de polvo que ves, ha pertenecido á un ser animado, si toda zanja no se llenase de su mismo contenido, la tierra tendria mas olas que el Océano, y en su consecuencia el hombre, no encontraria lugar para su tumba, al lado de la de sus padres y la de sus hijos.»

Cuando Lyderico tuvo quince años, el viejo anacoreta comenzó á enseñarle la historia, porque era un eclesiástico bastante sabio, y poseia perfectamente las lenguas antiguas, y por consiguiente conocia muy bien los tiempos del paganismo; de aqui resultó que á los tres héroes biblicos, por quienes Lyderico habia demostrado sus simpatias, añadió Alejandro, Anibal y César. Supo ademas como este mundo romano tan vasto y poderoso, no conservaba mas que desiertos ó mares sin embarcaciones, y que habia sido dividido en dos partes, para que cada una de ellas constituyese un solo imperio. El anciano le refirió tambien, como las naciones asiáticas, incitadas por la voz de Dios, se habian estendido de repente por toda la Europa, para rejuvenecer con sangre bárbara el cuerpo corrompido de la antigua civilizacion, y como ahora se conocia por los efectos, que habian tenido buen éxito en su grandiosa obra

de regeneracion, los visogodos en España, los lombardos en Italia, y los francos en la Galia. Estos relatos históricos, embellecidos con la descripción de los combates y demas entretenidos accesorios, prestaban tal encanto á Lyderico, que rara vez el anciano tenia que repetir dos veces una misma cosa para que se grabase en la memoria del jóven; de modo que este, á la edad de diez y ocho años se encontraba con una doble y completa educacion física y moral, aun cuando nunca habia salido del bosque; era en fin uno de los hombres mas sabios, no solamente del reino de los francos, sino del mundo entero.

Entonces el digno anacoreta, como sino hubiese esperado mas que este momento para terminar su larga y santa carrera, como quiera que hubiera cumplido ya cien años, cayó enfermo, y sintiendo que su fin se aproximaba, despues de haber referido á Lyderico cuanto sabia respectivamente á él, puso en sus manos un rosario del cual pendia una medalla de la Virgen, que habia hallado pendiente del cuello de Lyderico el día en que fué encontrado; único signo que tenia por si alguna vez determinaba indagar quienes eran sus padres: despues le dejó en plena libertad para que escogiese, ó bien vivir en el retiro como hasta entonces, ó ya para entrar en el mundo, porque estaba cierto que cualquiera que fuese el camino que tomase el piadoso jóven, Dios le guiaria por el sendero de la salud.

Despues de esto el digno ermitaño fué á dar cuenta á Dios de un siglo entero, todo él consagrado á su servicio.

Este fué el segundo dolor que Lyderico experimentó, porque aun cuando tenia la certidumbre de que el digno anciano gozaba en la mansion celeste en el lugar de los escogidos, por eso no dejaba de alabar su memoria y de sentir su pérdida. Durante todo el día y toda la noche permaneció Lyderico rogando á su lado y pedia que velase por él en el cielo, del mismo modo que habia tenido la costumbre de hacerlo en la tierra. Al otro día depositó el cadáver del anciano en la sepultura

que antes él mismo se habia abierto, sobre la cual plantó un castaño, á fin de que la tumba de su padre, no desapareciese como habia sucedido con la de su madre.

Despues de haber cumplido estos últimos deberes, creyéndose solo sobre la tierra, se sentó al pié del árbol que acababa de plantar, incierto del camino que deberia seguir, pues no sabia si determinarse á pasar la vida como el ermitaño en aquel rincon del mundo ó si debia como los demas hombres, emprender la persecucion de esos dos fantasmas de pies ligeros que llaman *gloria y fortuna*.

Como su pensamiento vagaba sin resolverse, entre uno y otro deseo, el ruiseñor, vino á cantar sobre el árbol que habia plantado, y dijo:

«Dos cosas hay sagradas en el mundo entre las cosas sagradas, y son, la tumba de un padre y la vejez de una madre. Hay un deber que llenar entre todos los deberes, y es aquel que prescribe al niño cerrar los ojos que han visto abrir los suyos.»

Lyderico comprendió el consejo que le daba el ruiseñor, y cortando de una encina una rama para hacerse un baston de viage, se puso en camino sin la menor inquietud, seguro de encontrar por todas partes yerbas y raices con que matar el hambre y una fuente donde apagar la sed.

Nuestro viagero estuvo andando por espacio de tres dias sin hallar un término al bosque; pero en la mañana del cuarto, habiendo oido algunos martillazos se dirigió hácia el sitio de donde sonaba el ruido, y marchando en esta direccion un nuevo guia vino á su socorro, el cual era una espesa nube de humo que sobresalia por encima de los copudos árboles. Redobló el paso Lyderico, y despues de algunos instantes se encontró cerca de una herreria, en la cual trabajaban como en el infierno, una docena de herreros, que parecian obedecer las órdenes de un hombre que presentaba el aspecto de su gefe. Encima de la puerta de la herreria habia una muestra con lassiguientes palabras. «*Mimer: Maestro arnero.*»

Lyderico se detuvo un instante detrás de un árbol, porque siendo la vez primera que se ponía en contacto con los hombres desconfiaba como un gamo. Durante el corto tiempo que estuvo allí, vió llegar un caballero vestido con traje extraño y una completa armadura, con lanza en la mano, cabalgando un fogoso corcel; pero á este caballero le faltaba una espada; mas habiendo llegado delante de la puerta del maestro Mimer, bajó del caballo, puso las bridas en manos de un escudero, y entró en la herrería. Mimer abrió enton-

ces un armario, y presentó al caballero una magnífica espada; este la pagó en monedas de oro, volvió á subirse sobre su caballo, continuó su camino y desapareció.

A la vista de esta espada, Lyderico tuvo vehementes deseos de tener otra semejante, pero como no tenía dinero para comprarla, resolvió fabricarse una por sí mismo, y aproximándose á la fragua.—Maestro, dijo; dirigiéndose á Mimer, yo quisiera una espada como la que acabas de vender á ese caballero; no tengo oro ni plata para pagártela y es



preciso que me permitas que la haga en tu fragua, y con tus herramientas; trabajaré en ella dos horas por día, y el resto del tiempo te lo dedicaré todo, pero

en cambio tú me darás una barra de hierro; lo demás queda de mi cuenta.

A. DUMAS.

(Se continuará).

HOMBRES CELEBRES.

MUERTE DE COPÉRNICO.



I.

Nuestros lectores, sin duda, habrán oído hablar del planeta descubierto á fines del año último por un francés llamado Leverrier, jóven de treinta y cuatro años, natural de Coutances en Normandía; este descubrimiento le ha valido multitud de honores y distinciones, entre otros el de haber dado al planeta su mismo nombre y el de haberle nombrado profesor de mecánica celeste en la facultad de ciencias de París, á cuyas lecciones asisten en el día mas de mil y doscientas personas entre las que se cuentan hombres eminentes.

Tan brillante triunfo de la ciencia, es la mejor apología que puede hacerse de la moderna civilización, y naturalmente nos ha conducido á entrar en comparaciones con los tiempos pasados. Vamos á hacer partícipes de ellas tambien á los jóvenes á quienes dedicamos nuestros trabajos, seguros de que han de sacar provechosa lección.

Hoy, cuando un astrónomo descubre un planeta en el cielo, como acaba de hacerlo Mr. Leverrier, la fama se apresura á cantar su gloria, se inmortaliza su nombre dándolo al nuevo mundo que ha revelado: los ministros de su país establecen cátedras para él, colmándole á la vez de honores y felicitaciones; las cruces y las medallas le llueven de todas las embajadas y academias; los príncipes, grandes y pequeños le dan gracias por medio de cartas autógrafas; el pueblo que le vió nacer, no aguarda la hora de su muerte para esculpir sus facciones en el mármol inmortal, y si algun envidioso pretende contrarrestar su mérito, su crítica se pierde entre las aclamaciones de la generalidad.

Muy distinta suerte era la que experimentaban los Leverrieres de los siglos XVI y XVII, otro el destino de estos hombres que descubrian, no un planeta en el cielo, sino el conjunto de la esfera, los secretos del mismo Dios y las leyes de la creación.

Se juzgará con mas acierto de lo que decimos con la simple lectura de la historia que vamos á narrar.

II.

Era una hermosa noche del mes de mayo del año de 1545, las estrellas brillaban en el azulado cielo, siendo tal el silencio de la naturaleza, que se creia oír á los astros gravitar en el firmamento, la sávia subir á los árboles, y la brisa hablar con las flores. Todos dormian en la ciudad de Warmia, canonicato de la Prusia polonesa; todo el mundo dormia á escepcion de un hombre que velaba encerrado en un cuarto situado en lo alto de una torre, delante de una mesa con libros y una lámpara de hierro.

Este era un anciano de setenta años, agoviado y casi exánime por el excesivo trabajo; pero cuya mirada centellante revelaba su genio, y cuya noble y despejada fisonomía espresaba dulzura y contemplacion.

Ageno de cuanto pasaba en la tierra sus ojos se abrian de vez en cuando para mirar al cielo, leyéndose en el sonrosado de sus megillas la paz de la conciencia mas pura: vestia el trage eclesiástico de su tiempo y de su país.

Este anciano era el mas grande astrónomo de los tiempos antiguos y modernos, Nicolás Copérnico, que nació en Thorn ciudad de Polonia, el 19 de febrero de 1475; doctor en filosofía, en teología y medicina, canónigo titular de Warmia y profesor honorario de Bolonia, de Roma, etc.

Habiendo llegado al fin de su car-

raera, al mismo tiempo que á los límites de la ciencia, concluyó su prodigiosa obra: *De revolutionibus orbium caelestium: De las revoluciones de los cuerpos celestes*. Dominado, como dice Fontenelle, de un noble furor de astrónomo, despreció con altanería aquellos cielos sólidos imaginados por los antiguos, y tomando nuestro globo le lanzó lejos del centro del mundo, donde estableció el sol, haciendo que anduviese en derredor de él, *Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno*, etc. En una palabra, Copérnico, reveló que el cielo estaba unido á la tierra, en medio de la pobreza mas estremada, de la burla de sus émulos y de las persecuciones, sin contar para ello con otro apoyo que su génio y su modestia, y sin mas instrumentos de astronomía que un triángulo de madera.

El mismo dia, el canónigo de Warmia, habia recibido la última prueba que necesitaba para su libro, el cual imprimia en Nuremburgo su discípulo Rhético; mas antes de remitir á la prensa esta última prueba decisiva, quiso examinar por última vez la reunion de todos sus descubrimientos, para lo cual, Dios le habia dado una noche admirable, y toda entera la pasó en su observatorio.

III.

Cuando el célebre astrónomo vió que las estrellas palidecian en el oriente, cogió el instrumento paraláctico, que él mismo habia fabricado con tres pedazos de madera (1), y le encaró sucesivamente hácia los cuatro puntos cardinales. Seguro de que habia destruido un error que habia estado per-

(1) Tycho-Brahé ha conservado el diseño de este instrumento entre otras tantas maravillas, que Juan Hanoorius, obispo de Warmia, le envió despues de la muerte de Copérnico. Parece imposible que un triángulo de coyunturas tan gruesas, y de movimientos tan poco regulares, haya supido en las manos del grande hombre, á esos infalibles telescopios inventados despues, y que no han servido mas que para confirmar las observaciones de aquel.

manente por espacio de cinco mil años, y que iba á revelar al mundo una verdad que jamás pereceria, se postró de rodillas ante el libro del cielo, cruzó sus descarnadas manos sobre su pecho y dió gracias al Criador por haberle esplicado su obra infinita.

Volvió en seguida á su mesa, tomó la pluma y escribió debajo del titulo de su tratado.

HE AQUI LA OBRA DEL ARTISTA MAS GRANDE Y MAS PERFECTO; HE AQUI LA OBRA DE DIOS.

En seguida, y despues de una corta meditacion trazó la siguiente dedicatoria:

Al muy santo padre el papa Pablo III.

«Dedico mi obra á vuestra santidad para que sabios é ignorantes, y todo el mundo, en fin, vean que no rehusó la critica y el examen; vuestra autoridad y vuestro amor por las ciencias en general y por las matemáticas en particular, me servirán de égida contra los ruines y pérfidos detractores á pesar del proverbio vulgar de que no es posible estar enteramente al abrigo de los tiros de la calumnia. etc.»

«NICOLAS COPERNICO DE THORN.»

Los primeros rayos del alba empezaron á amortiguar la luz de la lámpara que brillaba sobre la mesa del astrónomo, el que dejando caer sobre ella su cabeza se rindió al cansancio. El revelador de la creacion descansó á imitacion del mismo Criador; quien podrá negar que no fuese justo este reposo al fin de sesenta años de trabajo? No fué muy largo sin embargo, pues al cabo de un instante se oyó el ruido que hacia al subir la escalera un antiguo criado.

—Señor, dijo al canónigo tocándole sobre el hombro, el mensajero de Rhético vá á partir, y espera las pruebas de vuestros descubrimientos, y vuestras cartas.

El astrónomo hizo un paquete que selló con sus armas y volvió á dejarse caer fatigado sobre la silla.

—No es esto todo, añadió el criado despertándole de nuevo; hay diez

pobres enfermos en la casa y ademas os envian á buscar de Frauenburgo para componer la máquina de agua que se ha parado, y curar á tres trabajadores que se han roto las piernas al querer ponerla en movimiento.

—¡Desgraciados! ¡Qué ensillen mi caballo! exclamó Copérnico.

Y sacudiendo el sueño que le abrumaba bajó precipitadamente de la torre.

La casa de Copérnico era una de las mas modestas de Warmia, componiase de un laboratorio donde preparaba los medicamentos para los pobres; de un pequeño obrador en el que,



COPERNICO.

artista y científico á la vez, pintaba su propio retrato ó el de sus amigos, y sus hermosos recuerdos de Roma ó de Bolonia; y por último de una sala baja abierta siempre á todo el que imploraba sus remedios, su mesa, ó su bolsillo. Sobre la puerta había una abertura ovalada por la que el sol que penetraba al medio día hería con sus rayos un punto marcado en la habitación in-

mediata. Este era el *gnomon* astronómico del sabio.

En esta sala fué donde el buen canónigo halló á los diez enfermos que reclamaban sus cuidados: curó á los unos, dió remedios á los otros y á todos limosnas y consuelos. Acto continuo bebió precipitadamente una taza de leche, é iba á tomar el camino de Frauenburgo, cuando un ginete que se presentó

bañado en sudor le entregó un nuevo mensaje.

Copérnico al tomar la carta reconoció temblando la letra de su amigo Gysio, obispo de Culm.

«Dios tenga piedad de nosotros, escribía este, y suspenda el golpe que te amenaza. Tus enemigos y rivales conjurados, los que te acusan de loco y te tratan de hereje han exaltado de tal modo los ánimos en Nuremberg, que el pueblo maldice tu nombre en las calles, los sacerdotes te excomulgan desde el púlpito, la academia pide con energía tu interdicción, y la universidad sabiendo que vá á publicarse tu obra ha jurado destrozar las prensas que la den á luz, y convertir en polvo el trabajo de tu vida entera. Ven á conjurar esta tempestad y ojalá no llegues demasiado tarde.»

Copérnico no pudo acabar esta lectura... dejóse caer desfallecido y mudo por el dolor, en los brazos de su criado.... Cuando alzó la cabeza, el ginete que le había entregado la carta le preguntó si estaba dispuesto á partir.—Si, respondió el anciano resignado; pero no á Nuremberg ni á Culm... Los enfermos y los artesanos de Frauenburgo me esperan.... Estos infelices pueden tal vez morir si no voy á socorrerles, y mis enemigos, podran destruir mi obra..... pero no parar el curso de las estrellas.

IV.

Una hora despues se hallaba Copérnico en Frauenburgo.

La máquina que él había dado á esta villa construida en la cima de una montaña, traía las aguas del rio Buda á media legua de distancia, con tal fuerza que además de hacer andar un molino construido por el astrónomo, se elevaban casi á la altura del campanario de la iglesia. De este modo los habitantes en vez de morir de sed como sus antepasados, solo con dar vuelta á una llave tenia cada uno una fuente dentro de su casa. Esta máquina, pues, se había descompuesto el dia anterior en tan mala ocasion, cuanto que aquel mismo

dia era la fiesta del patrono de Frauenburgo... pero al primer golpe de vista conoció el canónigo porqué no andaba la máquina, y al cabo de algunas horas volvió el agua á tener su regular impulsión.

En seguida se dirigió á los desgraciados que se habían herido en las esclusas, curó sus miembros fracturados, les aplicó los aparatos convenientes prometiéndoles volver al dia siguiente.

Ignoraba él que iba á recibir un golpe, el cual debía acabar de destrozarle el corazon....

Ya de vuelta, al atravesar la plaza mayor de la ciudad, distinguió entre la muchedumbre á varios titiriteros que estaban sobre un tablado. El teatro representaba un observatorio de astronomía lleno de instrumentos ridículos; en medio había un viejo, peinado y vestido lo mismo que Copérnico; el parecido era tan grande que él mismo se reconoció y quedó estupefacto. El farfante encargado de ridiculizar públicamente al grande hombre, tenia detras una figura cuyas garras, cola y cuernos representaban el diablo, al cual hacia hablar y moverse como á un autómeta por medio de dos cuerdas atadas á sus orejas, las cuales eran de asno, sumamente grandes. La parodia se componia de muchos cuadros: en el primero, el astrónomo se entregaba á Satanás, quemaba la Biblia y pisoteaba un crucifijo.... En el segundo esponia su sistema maniobrando con manzanas á guisa de planetas, las cuales volteaba en derredor de su rostro, trasformado en sol por medio de candelas de resina. En el tercero representaba el charlatan un saca-muelas vendedor de pomadas, hablaba á los traseuntes en latin, les vendia sumamente caro el agua que sacaba de su pozo, emborrachándose él con un excelente vino hasta el extremo de caerse redondo sobre el tablado. En el cuarto en fin, maldecido de Dios y de los hombres, era arrastrado por el diablo entre una nube de fuego y azufre, y en castigo de haber querido trastornar la tierra le condenaba á estar con la cabeza hacia abajo por toda la eternidad.

Al ver escarnecer públicamente su

talento y sus virtudes, al ver convertida su ciencia en charlatanismo, su desinterés en pillerías, su pura fé en impiedad, y toda su persona en fin entregada á las venganzas divinas y humanas, esperimentó Copérnico los mas horribles tormentos; dudó de sí mismo y hasta de la Providencia.... No obstante, creyó que los frauenburgueses, sus hijos adoptivos, testigos y objeto de sus cuidados por espacio de cincuenta años, pondrían coto á semejante infamia, confundiendo á los farsantes entre los restos de su tablado.

¡Mas júzguese cuál sería su sorpresa, su dolor y su desesperacion, al ver que aquellos miserables eran aplaudidos por los mismos á quienes él colmaba de beneficios diariamente! En vano trató de armarse de todo su valor, sus fuerzas no podían soportar aquella prueba y cayó desmayado en medio de la plaza.

Solo entonces el pueblo ingrato reconoció á su bienhechor y el nombre de Copérnico corria de boca en boca. Al saber que aquel mismo día había ido á socorrer al pueblo, pasaron del esceso de la ingratitud al colmo del remordimiento y dispersando la muchedumbre á los saltimbanquis, llevaron en triunfo al astrónomo.

Desgraciadamente no se hallaba este en disposicion de recibir consuelo; aniquilado por los trabajos de la vispera, por las fatigas y las emociones de aquel día, y herido mortalmente por los acontecimientos, no tuvo fuerzas sino para pedir una litera, en la que llegó á Warmia en muy mal estado.

V.

Su agonía duró aun cinco dias, durante los cuales su fé y talento brillaron por última vez: al dia siguiente recibió una carta de Rhético, confirmando las predicciones del obispo de Culm. Por tres veces los alumnos de la universidad, intentaron invadir la imprenta de donde debía salir la verdad. «Aun esta mañana», añadió el sabio, han tratado los alborotadores de

prenderla fuego... He reunido á todos nuestros amigos y pasamos los dias y las noches velando por la seguridad del establecimiento y de sus operarios.... Estos trabajan con una mano, mientras que con la otra tienen una pistola amartillada.... Si podemos resistir aun dos dias tu obra está salvada, porque una vez impresos siquiera diez egemplares nada en el mundo podrá ya destruirla.... Pero si mañana ó pasado nuestros enemigos logran apoderarse de ella....»

Rhético no concluía esta carta; Copérnico la acabó en su lugar....

Al cabo de tres dias recibió un nuevo mensaje y un nuevo susto. «Un compositor ganado por los enemigos puso en manos de estos el manuscrito del canónigo, que fué quemado en la plaza pública; pero afortunadamente se estaba acabando de imprimir; entraba en prensa el último pliego, pero aun podía destruirlo todo un nuevo alboroto y la muchedumbre bullia en derredor de la imprenta.»

En esta situacion pasó Copérnico sus postreros momentos. Semejante martirio agotó el resto de sus fuerzas, y cuando ya la muerte empezaba á invadir aquel cuerpo paralizado, llegó á la puerta un caballo jadeante y lleno de espuma, del cual se apeó un hombre armado y cubierto de polvo, como el soldado de Marathon. En efecto, como el soldado griego, este hombre venia á anunciar el triunfo; traía sujeto al pecho, un volumen húmedo aun, el cual era la obra maestra de Copérnico.

¡La justicia y la razon, triunfaron del odio y de la locura; la obra de Dios, iba en fin á ser conocida de los hombres, y el sol iba á alumbrar al mundo por segunda vez!

El moribundo se reanimó para coger el libro con sus desfallecidas manos, para contemplarle y devorar sus páginas con su yerta mirada. En seguida con la sonrisa del mártir que vé ante sus ojos abrirse las puertas del Paraíso, balbuceó suspirando:

Nunc dimittis servum tuum, domine.

Y espiró al pronunciar estas palabras.

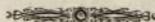
Era la mañana del 23 de mayo, el

cielo alumbraba en su mayor esplendor, la tierra abría el caliz de todas sus flores; la Naturaleza entera, parecía festejar á su revelador como la última vez que abandonó su observatorio, y el sol que penetraba por una ventana, hiriendo con su mas brillante rayo la cabeza de aquel grande hombre, parecía tambien decirle á su vez: «El rey de la Creacion, te envia un ósculo de paz, á ti el primero que le has colocado en su trono.»

VI.

Copérnico fué perseguido hasta en la tumba, la córte de Roma contestó á la dedicatoria que se hizo de su obra reprobándola; pero esta se vengó completamente ilustrando á esta misma córte, que reconoció al fin, aunque tarde el genio y la fé del astrónomo de Warmia.

La Prusia con la ingratitud de los conquistadores ha convertido en una prision el observatorio de Copérnico, dejando arruinarse lentamente su casa. Pero la Polonia, su madre pátria, ha reunido sus últimos hijos y sus últimos óbolos, para elevarle un monumento en Cracovia y una estatua en Varsovia. Esta última es trabajo del gran escultor, Thorwaldien.



LA SEDA.

La seda, uno de los productos mas estimados en el comercio y mas útiles á las artes, es una preciosa materia que ha contribuido en todos tiempos á la comodidad y riqueza de los hombres. Antiguamente se trocaba por oro á peso igual; porque aunque era conocida en el Asia, y particularmente en la China, desde tiempo inmemorial,

no lo fué así en Europa hasta el año 553 de la era cristiana en el que dos monges que habian residido en la China, y estaban al corriente de la fabricacion de la seda, esplicaron en Constantinopla el secreto de su descubrimiento. Desde entonces la cosecha de la seda se ha ido extendiendo mas y mas por todas partes; particularmente en el reino de Nápoles y en el Mediodia de la Francia, y en otros puntos en que provincias enteras se sostienen con este ramo de industria, el que han conseguido arraigar y perfeccionar de un modo maravilloso. No se crea que la seda sea el producto del reino vegetal, y que la sustancia filamentososa que nos presenta, antes de ser labrada en las artes, provenga del tegido celular de alguna planta ó árbol. Los millones de libras de seda que se elaboran en tantas aplicaciones industriales, provienen todos de un insecto pequeño, al que por esta razon se llama gusano de la seda. Cuando este insecto, que come bien y crece rápidamente, ha llegado á la época en que ha de sufrir la transformacion general á los insectos, destila de su boca una hebrilla sutil y flexible que toma luego consistencia, y con ella forma el capullo donde ha de quedar encerrado, hasta que habiendo llegado á su estado perfecto y sintiéndose con fuerzas bastantes, rompa su capullo y salga de su prision en forma de mariposa. El hombre que sabe sacar partido de todo, los ha sometido á su dominio y hace que empleen para él toda su industria. Así es que ahogando al insecto dentro del capullo por medio del calor, antes que se rompa para salir, en cuyo caso seria inútil, deshace y desenreda artificialmente este capullo, é hilando en seguida la hebra que le ha formado, se procura la seda que corre en el comercio para las importantes aplicaciones industriales que vemos hacer con ella.



APUNTES MORALES.

MERLON.

APÓLOGO.

Traducción de una poesía romana del siglo XIII.

En cierta ocasión, dos hombres que ejercían la humilde profesión de leñadores, y que hacía mucho tiempo eran vecinos, tenía cada cual su correspondiente asno, cuyo animal les proporcionaba el sustento que ganaban vendiendo leña por una miserable cantidad. Uno de estos dos hombres tenía muger



como mi bestia tendremos hoy que morir de hambre, pues hasta me encuentro sin vigor para sostener el hacha. Por otra parte, para el pan que me es necesario comprar, no tengo ni un cuarto. ¡No hay duda que es angustioso el día que nace un villano! (1) Y efectivamente, ¿Qué otra cosa soy más, que un siervo miserable nacido aquí en la tierra co-

(1) La mayor parte de los campesinos eran *pecheros*, en aquel tiempo.

mo un animal feroz? ¿Qué socorro puedo llevar á mi muger y á mis hijos cuando vuelva á casa sin leña?

Mientras que el leñador se entregaba á estas tristes reflexiones, oyó una voz que le llamaba, y que dulcemente le preguntaba, por qué razón se quejaba de la suerte, á lo cual el leñador respondió con la narración de su angustioso estado; mas este espíritu invisible que parecía haber escuchado con lástima las sentidas exclamacio-

—¡Dios mío! ¿Qué debo hacer? ¡Valgame San Nicolás! Mi pobre muger, mis pobres hijos no recibirán de mí ni el más pequeño consuelo. Tanto yo

nes del angustiado campesino, contestó:

—Si yo aliviase tu pobreza ¿serias un decidido devoto de la Santísima Trinidad, y socorrerías á los demas pobres con caridad sincera?

—¡Sí! repuso el leñador, creeme, que te digo verdad.

—Pues vuelve pronto á tu casa; entra despues en tu huerto, y al pié del sahuco que tienes á un extremo de tu pequeña propiedad, encontrarás un gran tesoro. Creeme, que no te engaño.

Despues que el leñador hubo escuchado estas palabras, inclinó respetuosamente su cabeza y preguntó.

—¿Señor, cómo os llamais?

—Me llamo Merlin.

—¡Ah! monseñor Merlin: en este mismo instante voy á ponerme en camino, y que Dios os premie tanta caridad; si, ese Dios que en otro tiempo el agua la convirtió en vino.

—Bueno, anda con Dios, y veremos mas adelante cual estu comportamiento, y cuales son las maneras que empleas para servir á Jesucristo. Dentro de un año vendrás á este mismo sitio, y me darás cuenta de tu posición y de la conducta que has observado durante todo este tiempo.

—Muchas gracias, monseñor, des-cuidad que vendré aquí dentro de un año y gustosamente haré lo que me decís.

El leñador entonces salió del bosque con su asno; pero sin que este condujese la carga de leña. Cuando la muger le vió entrar de este modo en su casa, se avalanzó á su marido con intención de pegarle; pero el leñador lanzó una estrepitosa carcajada, lo cual estrañó mucho su muger, porque su marido no tenia la costumbre de reírse.

—¡Villano! dijo la esposa enfurecida. No parece sino que te has encontrado algun talego lleno de oro segun lo contento que vienes. ¿Qué vamos á comer hoy? ¿Porqué te has venido sin leña? ¿Cómo compraremos pan?

—No te enfades, esposa mia; no me riñas, y sobre lo que voy á referírte guarda el mayor secreto. Muy pronto, gracias al que está en el cielo, tendremos considerables riquezas, y desde

hoy en adelante la leña se quedará en los bosques sin que yo vaya á buscarla.

—¿De dónde proviene lo que me estás contando? Dílo pronto....Vamos, ¿dónde están esas riquezas?

—En el huerto; al pié del sahuco.

—Mientras que yo no lo vea, respondió la muger, no lo creo.

Marido y muger, cada uno tomó su respectivo azadon y fueron al huerto en busca de su fortuna. Con efecto, se pusieron á cavar, y fué tanto lo que profundizaron la tierra que al cabo de algun tiempo encontraron el tesoro, y volvieron á su casa alegres y regocijados. Con la posesion de esta inesperada riqueza, fueron poco á poco experimentando mayores comodidades, pero no por eso fueron mas amantes de Dios y de los pobres. Con el objeto de no dar á conocer el repentino cambio que habia experimentado su fortuna, continuó el leñador yendo al bosque todo aquel mes; pero cuando al fin llegaron á conocer que era rico, todos le significaron su grande aprecio, y aun hubo persona que no teniendo con él la menor relacion de parentesco, juró que era su primo.

Así es el mundo; el hombre pobre de nadie es conocido; pero cuando la fortuna le favorece hay muchos que vienen á decir: «Primo, yo pertenezco á tu familia; estamos ligados con estrechos lazos de parentesco.»

El dia primero del siguiente año, el leñador volvió al bosque y se colocó en cierto parage, y puso toda su atención á fin de escuchar la voz que el año anterior le habia hablado.

—¡Oh! monseñor Merlin, en quien fundó toda mi esperanza, venid, habladme: os quiero mucho y á la par os temo tambien.

—Héme aquí, buen amigo; ¿qué quieres? ¿En qué estado van tus cosas?

—A las mil maravillas, monseñor Merlin; porque me habeis hecho el mas dichoso de los mortales, pues tengo á mi familia bien alimentada y perfectamente vestida, y á la vez, miro mis riquezas que van en progresivo aumento todos los dias.

—Así me gusta, amigo mio; ¿qué

quieres ahora? dimelo al instante.

—¡Ah, monseñor Merlin! Yo quisiera ser alcalde de mi pueblo.

—Bueno, lo serás dentro de cuarenta días; pero procura ser siempre caritativo y piadoso.

—Monseñor, os estoy muy reconocido por los grandes favores que me concedéis.

El leñador volvió á la ciudad cor-

riendo, y á los cuarenta días, conforme se le había ofrecido fué elegido alcalde, mas lejos de cumplir la palabra que había prometido de ser caritativo y piadoso, ensordeció á los clamores de la mendicidad. No quería tener contacto, mas que con los hombres ricos, y su antiguo compañero, que en otra época cortaba leña con él, era despreciado por el que tan repentinamente había



hecho su fortuna, el cual le llamaba, siervo, villano, y hasta le designaba con el apodo de bribon, creyendo que sus riquezas serian eternas.

Al segundo año volvió al bosque, y como el anterior invocó el nombre de Merlin diciendo:

—Venid á hablarme, señor, que os amo con toda mi alma y con todo mi corazón. ¿Dónde estais? que quiero haceros una nueva peticion.

—¡Aquí me tienes! di pues, lo que quieres.

—Señor, quiero pedir os una gracia: mi hijo es clérigo; le amo mucho y deseara que fuese obispo de esta diócesis; el obispo que había fué enterado antes de ayer.

—Bueno, vete: dentro de cuarenta días tu hijo será obispo.

El leñador volvió á su casa lleno de gozo y contento; pero á pesar de todo no pudo renunciar á sus hábitos de villanía, ni dejar de ser injusto, áspero y sordo á los clamores de los pobres. Sin embargo, su hijo, exactamente á los cuarenta días fué nombrado

obispo, y desde entonces creyó el leñador que con este apoyo no debía nunca tener pesares de ninguna clase.

Llegó el año tercero y se encaminó al bosque; cuando hubo llegado al parage señalado para hablar al espíritu visible, exclamó:

—Merlin, tengo hoy mas que nunca necesidad de vuestro auxilio. Respondedme si es que me escuchais.

La voz llegó al instante hasta el leñador.

—Di lo que quieras, lo que te agrade.

—Haced que mi hija se case con el hijo del corregidor. Mi hija es amable y bella, tiene gracia y juicio y es además cortés con todo el mundo... en fin no se encuentra en ella el mas mínimo defecto.

—Dentro de cuarenta días, tu hija se casará con quien desees, repuso la voz; pero ten constancia para servir á Dios.

Cuanto había dicho el espíritu invisible tuvo cumplido efecto, pues á los cuarenta días la hija del rico leñador

fué pedida para muger del hijo del corregidor, lo que el padre concedió con mucho gusto; llegando á enlazarse con una gran familia á consecuencia de este casamiento.

Quando el leñador se vió colocado en tan elevada posicion, de todo se acordó menos de dar gracias á Dios por su imprevisto engrandecimiento, ni tampoco para los demas fué mas bueno



de lo que antes habia sido; por el contrario, se convirtió en un tirano, en un ingrato, y en su ciego orgullo dijo un día á su muger:

—Ahora que me encuentro elevado al mas alto punto de grandeza, que mi hijo es obispo, y por ello soy de todos considerado, he determinado no ir mas á la espesura del bosque para oír la voz que me ha enriquecido: para nada la necesito, porque tengo muchas riquezas, muchos amigos, colo-

cados mis hijos.... y por último, nada me hace falta.

—No soy de dictámen que observes esa conducta, contestó la muger: yo te aconsejo que cuando llegue el día determinado del año, acudas al bosque como siempre, que hables á la voz y te despidas de ella con agrado y cortesía, diciéndole del modo mas político, que has determinado no volver porque nada te hace falta.

El leñador que miraba como cosa in-

significante el honor y el agradecimiento, cuando llegó el día señalado del año, se montó en un magnífico caballo, llevando consigo dos criados para que le acompañasen y llegando al bosque gritó lleno de orgullo y de jactancia.

—¡Merlinillo!

Pero la voz esta vez contestó desde lo alto de un árbol.

—¿Por qué te has subido tan alto? preguntó el orgulloso leñador.

—Porque tu caballo me hubiese atropellado.

Entonces el aldeano contestó:

—Merlinillo adios; me despidó de tí para siempre, porque ya no te necesito para nada, porque soy un hombre rico y no puedo aspirar á mas de lo que poseo.

Y la voz le respondió.

—Villano fuistes, siempre serás villano. Acuérdate cuando venías á este bosque conduciendo tu asno para cortar un poco de leña que despues vendías en una miserable suma, y no podías contar con mas. El primer año me reverenciastes llamándome con tono afable y humillado: ¡Ah! monseñor Merlin.... pero el segundo año ya me hablastes con un poco mas de arrogancia, y te contentastes con decirme solamente *señor*. Tu orgulloso y desleal corazón no pudo ocultar por mucho tiempo tus malos instintos, y me llamaste impunemente *Merlin*, la tercera vez; y hoy, hasta te has atrevido á decirme *Merlinillo*; por lo cual puedo asegurarte de un modo afirmativo que jamás hubo en tu pecho ni bondad ni agradecimiento. En este momento estas creyéndote rey del mundo; conoce, pues, que has obrado con deslealtad hacia Dios y hacia los pobres; que has permanecido siendo un villano cruel; pues dentro de poco te dejaré reducido á la misma pobreza en que te encontrabas cuando me conocistes; esto será obrar con justicia.

El jactancioso leñador se volvió hacia su casa sin experimentar la mas leve inquietud, y sin creer nada de cuanto la voz acababa de decirle. No obstante, su hijo y su hija murieron al poco tiempo, y sintió amargamente este golpe que no esperaba; pero tambien

es cierto que no corrigió su intratable orgullo, confiando siempre en su inflexibilidad y en sus grandes riquezas. La pérdida de sus hijos coincidió con la que experimentó el feudo ó señor de aquel territorio, pues habiéndole sido forzoso combatir contra otro señor mas poderoso, gastó en ello todo su dinero, y en su consecuencia quedó reducido al último extremo, pues cuando finalizó la guerra halló que sus graneros estaban vacíos como igualmente las arcas que encerraban sus innumerables riquezas, mas le advirtieron que el alcalde, que años antes nombró su intendente, era muy rico, que tenia la costumbre de no ser generoso con nadie. Entonces dijo el señor:

—Pues habeis de saber, que con mis bienes se ha enriquecido y logrado tan alta elevacion: todavia no me ha rendido las cuentas de mis rentas pertenecientes á este año, y si se me antoja puedo bien pronto hacerle descender de la posición que ocupa.

Con efecto, el señor le pidió una cantidad, y el leñador contestó que no la tenia, encargando ademas al feudo que lo buscasse por otro lado, cuya contestacion fué causa de que el señor se encolerizase y que sin consideracion alguna despojara al leñador de sus muebles y de cuantos bienes poseia. Viendo el villano la inusitada manera con que le arrebataban sus riquezas, llegó al colmo de la desesperacion; pero de nada le sirvió irritarse, pues llegó bien pronto á verse, sin rentas, sin casas, sin nada. Entonces su estraviada razon, conoció el daño que á sí propio se habia hecho.

—¡Ay! decia; he perdido mis bienes, mis hijos, y tambien á quien me daba tanto poder; no creyendo lo que la voz me decia, he seguido mis instintos y he obrado como un insensato; y ahora es cuando conozco mi error pero ya es muy tarde. Quisiera haber muerto antes de haber experimentado este cambio repentino, pues una desgracia sobre otra, es una cosa insoportable. ¿Qué hago en vista de lo que me pasa? Para poder trabajar y ganar mi sustento, no me queda otro recurso que volver con mi asno

al monte y cortar leña como antes lo hacia: ¡Maldita sea mi vida, y la tierra que me sustenta!

El afligido y desesperado leñador, del modo que pudo juntó algunos dineros, compró un asno, y recurrió á su antiguo egercicio de leñador; pero el asno, se le murió y tuvo que ponerse de criado á guardar un rebaño, en cuyo estado, acabó sus dias triste y pobremente.

Las gentes que observan la conducta del leñador, pueden compararse con el perro, que teniendo mas carne

que la que puede comer, no consiente por ello dividir con otro su presa, antes al contrario, gruñe y enseña sus dientes como si estuviera rabioso. Este egeemplo servirá para aquellos hombres que en este mundo se dejan arrastrar por el dominio de un orgullo mal entendido, sin recordar que hay un Dios que puede repentinamente hacerlos descender desde la mas elevada posicion, al cieno de la tierra: el hombre que tenga prudencia, no debe nunca olvidar esta máxima saludable.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

EL DEDO CORTADO.

Eran las doce de la mañana de un dia festivo, y Mamerto, fiel criado y asistente de un coronel de caballeria, estaba en una habitacion, sentado junto á las puertas cristales de un balcon que daba á la calle, leyendo la vida de uno de nuestros generales contemporáneos. Carlota y Emilio jugaban en la misma habitacion, y era tanto el ruido que hacian, que Mamerto no pudo menos de decir:

—No seais tan bulliciosos; jugad con mas tranquilidad, pues ya sabeis que vuestra mamá está mala, y seagravará con tanto ruido: quiero ademas, que cuando venga vuestro papá mi brigadier y me pregunte, decirle que habeis sido muy juiciosos.

—Dice Mamerto muy bien, repuso Carlota: mamá está malita y no debemos alborotar.

Dicho esto, los dos hermanos buscaron distinto modo de entretenerse; pero de improviso llamaron á la puerta, y los niños acudieron á ver quien era, al mismo tiempo que el asistente Mamerto: este abrió, y un caballero

de una edad respetable, preguntó por el brigadier.

—No está, respondió el asistente.

—Pues bien, dijo el caballero, cuando venga, tenga vd. la bondad de darle esto, de parte de su amigo don Felix.

El caballero, puso en manos del asistente una preciosa cajita forrada de terciopelo encarnado, y guarnecida con infinidad de labores doradas. Esta cajita, segun luego se supo, encerraba dos pistolas de un mérito artístico muy singular: el caballero que la entregó se fué, la puerta volvió á cerrarse, el asistente puso el objeto que le habian entregado encima del pupitre que estaba sobre una mesa de despacho situada en un gabinete, y Mamerto volvió á su primitiva habitacion, con el fin de continuar su lectura favorita.

Carlota y Emilio se miraron, y ambos concluyeron por comprenderse; se alejaron de Mamerto y hablaron así:

—Carlota, dijo Emilio, ¿qué será lo que ese caballero ha dejado para papá? ¿Quieres que lo veamos?

—Sí, lo veremos, contestó Carlota.

—Pues vámonos de puntillas al despacho sin que Mamerto lo sienta.

Pero Mamerto, lo había escuchado todo.

—¡Carlota! ¡Emilio! gritó. Venid ambos acá, que tengo que deciros una cosa.

Los niños retrocedieron, y se acercaron á Mamerto; este cerró el libro que leía, le puso sobre una silla, y

mandando sentar á los hijos de su coronel, habló del siguiente modo.

—Ayer me preguntaron vds. que porque me faltaba este dedo de la mano derecha, ¿es verdad? y os prometí referiros cuando estuviésemos despacio, la causa de ello. Pues atended.

En cierta poblacion de España ha-



bia un caballero muy dado á la conservacion de objetos de antigüedades, y habiendo recorrido gran parte del globo, habia logrado reunir una infinidad de preciosidades con las cuales volvió á su casa y las reunió en un gabinete. Este caballero tenia tres niños: el uno se llamaba Luis, que era el mayor, el segundo Benigno, y la niña Natividad. Don Antonio, que este nombre tenia el padre, temeroso de que le trastornasen el orden con que tenia colocadas las piezas de su gabinete, procuraba cerrar la puerta del mismo; pero Luis que era el mas curioso de los tres, no

cesaba de andar en rededor de la puerta y mirar por el ojo de la llave con el fin de descubrir lo que dentro habia. Una mañana que don Antonio estaba trabajando en su despacho, los tres hermanos bajaron al jardin; Benigno y Natividad, jugaban, pero Luis no hacia otra cosa mas que mirar á una ventana sin hierros que tendria poco mas de una vara de elevacion.

—¿Qué miras Luis? le preguntó Benigno.

—¡Oh! respondió aquel; yo queria ver todas esas cosas que tiene encerradas papá en ese gabinete.

—No hagas eso, exclamó Natividad: papá se enfadaria; lo tiene prohibido.

—Yo haré de modo que no lo sepa: ¿Vamos á encaramarnos?

—¿Cómo? preguntó Benigno.

—Mira; ponte á cuatro pies; yo me subo sobre tus espaldas, lo veo todo; despues me pongo yo, como tú y lo ves tambien, y luego, encaramamos á Natividad para que lo vea.

Benigno y la niña se opusieron al principio; pero tantas fueron las instigaciones de Luis que al fin accedieron. Púsose Benigno á cuatro pies, subióse encima Luis y comenzó á mirar al gabinete.

—¿Qué ves? preguntaron á un tiempo los otros dos.

—¡Ay! ¡qué cosas tan bonitas! exclamó Luis. Hay muchas espadas, flechas, plumas de distintos colores, armaduras de guerreros, muchas pieles de animales....

Luis empujó entonces las vidrieras y vió con notable asombro que cedieron á su empuje.

—Esta abierta, dijo Luis, y brincando puedo entrar.

Así lo hizo; puso la punta del pié sobre un medio ladrillo saliente de la pared, encaramóse, y bien pronto se halló dentro del gabinete. Benigno tuvo ya deseos de entrar, y con la ayuda de Natividad colocó una gran piedra debajo de la ventana, subido sobre la cual dió la mano á Luis que le aguardaba desde la ventana, y que le tiró hácia dentro y se consiguió cuanto se deseaba, porque tambien Natividad llegó á verse en el gabinete.

—¡Qué alegría! ¡qué contento! No lo está mas un soldado cuando asalta y gana una bateria.

—¡Ya estamos dentro! gritaba Luis batiendo las palmas.

Y los otros á su vez imitaban los ademanes de su hermano.

Despues fueron mirando uno por uno cuantos objetos habia.

—¡No lleguéis á nada! dijo Natividad á Luis.

Pero Luis lejos de poner cuidado á las reflexiones de su hermana, cogió una celada que estaba adornada de un

magnífico penacho y comenzó á gritar en medio del gabinete:

A vuestros pies hace alarde
don Rodrigo de Vivar
que en este mismo lugar
ha llegado á merecer.

—Ven, Benigno, dijo en seguida: vamos á hacer un paso de comedia: yo soy el Cid campeador, y tú el rey. Toma ponte el manto y la corona.

Y diciendo esto hizo á su hermano que se pusiera sobre los hombros una piel de tigre, y que ademas se cubriese la cabeza con un circulo de madera labrada y rodeado de plumas. Natividad hizo el papel de reina, y Luis cogiendo un alfange dijo de cabo á rabo la relacion del Cid. Asíó despues una flecha que estaba sobre una mesa, y queriéndola examinar toca á un resorte que tenia en una de sus estremidades, asómase la lengua de una serpiente y hiere un dedo de la mano derecha de Luis, que al punto prorumpie en gritos de dolor.

A estos gritos desgarradores acude don Antonio y se llena de asombro, no solo al ver los tres enmascarados, sino al contemplar á Luis que llora sin consuelo.

—Papá, dijo Natividad temblando y casi llorosa: yo no he tenido la culpa ni Benigno tampoco. Por aquí, prosiguió señalando á la flecha, ha salido una lengua muy delgada y ha picado á mi hermanito; por eso llora.

—¡Misericordia, Dios mio! exclamó don Antonio mirando al cielo. ¡Tén valor, hijo de mis entrañas! Si no le tienes, no vivirás dentro de una hora y yo moriré despues de sentimiento. Ven, hijo mio, ten valor.

—¡Papá de mi alma! yo tendré valor, haz de mí lo que quieras.

Don Antonio se asomó á la puerta, llamó al portero el que subió al instante.

—Tenga vd. á mi Luis le dijo: sujétele vd. con firmeza entre sus rodillas... ¡Valor! ¡Luisito mio!... es preciso que yo te corte el dedo.

—¡Cortarlo! exclamó Luis palideciendo.

—¡Ay papá! gritó Natividad, no se lo cortés.

—¡No hay un momento que perder! dijo don Antonio: es preciso, la flecha estaba envenenada. ¡Valor, hijo mio!... ¡El dedo cayó en el suelo!

Luis se desmayó, y en esta disposición fué conducido á otra estancia, donde se le aplicaron remedios para que se curase pronto. La esposa de don Antonio estaba enferma y no supo nada hasta que Luis se puso bueno enteramente.

Cuando Luis tenía catorce años, había perdido á sus padres, quedándose sin hermanos. Un comerciante que le vio casi en la mendicidad, le dijo:

—Vamos muchacho; si tienes buena letra, vente á mi casa de comercio para que escribas.

—Señor, no sé escribir bien.

—¡Cómo! ¿Pues no estabas en un colegio.

—Sí señor, pero me faltaba un dedo de la mano derecha, y jamás logré escribir ni aun medianamente. A los diez y seis años, sentó plaza de soldado y lo tomó á su servicio un teniente de caballería que es hoy coronel, padre de dos niños muy bien educados; pero tan curiosos como Luis, por que no hace mucho tiempo que salieron de esta sala para indagar que cosa era la que había traído un caballero para el coronel.

—¡Ah! ¿Con qué somos nosotros, exclamó Carlota.

—Eso se deja comprender, dijo Emilio; y Mamerto el Luis que perdió su dedo cuando niño.

—A ver el dedo, preguntó Carlota.

Cuando ambos observaban el dedo del asistente en medio del mas grande silencio, llamaron á la puerta. Era el coronel, al cual contó Mamerto lo que había pasado, y queriendo el gefemilitar dar gusto á sus niños, se encaminó con ellos al despacho y les enseñó la cajita y las pistolas.

—Jamás soliciteis, prosiguió el coronel, indagar por vosotros mismos las cosas que desconoceis; y acordaos para siempre del dedo cortado de Mamerto: ahora vamos á ver á mamá.

UNA CONDESA CON 563 HIJOS.

Refieren algunos cronistas holandeses, que Margarita condesa de Henneberg, hija de Florencio IV conde de Holanda, á consecuencia de haberse negado á socorrer á una pobre muger, tratándola al mismo tiempo de inconsiderada, dió á luz el Viernes Santo 26 de marzo del siguiente año 1276, 563 hijos, los que fueron llamados Juan, los varones é Isabel las hembras. Aun en el día se enseña á los viajeros en Losáunen, cerca de la Haya, las dos pilas de bronce donde fué bautizada aquella numerosa prole, y un gran cuadro que sirve para perpetuar la memoria de este suceso extraordinario. Esta tradición, bastante popular hoy todavía, se ha explicado de un modo satisfactorio. En 1276, en Holanda y en la mayor parte de los estados de Europa, empezaba el año, el día 25 de marzo, y habiendo dado á luz la condesa el día siguiente, segundo del año, un niño y una niña, se dijo que parió tantos hijos como dias contaba ya el año nuevo, esta frase mal interpretada por los cronistas ignorantes, es la que sugirió la curiosa leyenda que acabamos de referir.

LA LIMOSNA.

Un domingo por la tarde, estaban Luisa y Felipe, la primera de edad de cinco años y de seis el segundo, mirando por los cristales del balcón de su casa la lluvia que caía á grandes chaparrones.

—¿Ves, Felipe? decía la niña: llueve mucho y no podemos ir á la plaza de Oriente, donde Eduardo nos esperaba con el caballo que le ha comprado su papá.

—Puede ser que escampe todavía, repuso Felipe.

—No, hijos míos, interrumpió la madre que estaba detrás de ellos sentada y haciendo labor. Aunque deje

de llover, es muy tarde para que podáis salir ya por hoy.

Pasada una media hora, cesó la lluvia, asomándose, claro y limpio el crepúsculo de la tarde.

—Mamá, dijo Felipe, ¿ves que claro se ha puesto?

—¿No quieres que salgamos, mamá? exclamó la hermana.

—No, respondió la madre, es tarde y las calles están muy malas.

—Pues mira, mamá, dijo entonces Luisa: Felipe tiene dos reales que le dió papá cuando salió esta tarde con mi padrino; yo tengo otros dos que tú me has dado; ¿quieres que pasemos á la confitería de enfrente y los gastemos en rosquillas?

—Bien, respondió la madre. Consiento en ello pero no tardeis.

—Verás cuantas rosquillas, mamá, prosiguió Luisa: no van á caber en nuestros pañuelos.

Luisa bajó corriendo las escaleras, y su hermano Felipe la siguió: llegaron al portal y el niño dijo á su hermana:

—Toma mis dos reales; entra tú en la confitería, que yo te aguardo al pié de la escalera.

Luisa volvió al momento; pero con el pañuelo vacío.

—¿Y las rosquillas? preguntó Felipe.

Y la hermana contestó.

—Mira, hermanito mio, voy á decir lo que me ha pasado.

Asió la manita derecha de Felipe y prosiguió:

—Cuando yo entraba en la confitería, vi un pobre que pedialimosna: era ciego, anciano: me dió lástima, y le dije; hermanito, tome vd. dos reales míos, y dos de mi hermano Felipe, que ya no queremos comprar rosquillas. ¡Si vieras el ciego que alegre se puso primero! Mira, y despues lloró y me dijo que Dios nos haria felices.

La madre que habia estado escuchando á sus hijos en lo alto de la escalera, porque desde los cristales de su balcon habia presenciado el generoso rasgo de la niña, bajó y estrechó tiernamente á sus hijos, aptaudiendo lo que Luisa acababa de hacer.

Llegó la hora de recogerse, y los dos hermanos se acostaron con la alegría que hace experimentar el recuerdo de una buena accion. Al siguiente dia que tambien lo era de fiesta, amaneció un sol hermoso y radiante. Puesta la mesa para el desayuno, los niños se sentaron á ella; pero, ¿cuál fué la sorpresa de ambos al ver que despues que almorzaron, trajo la criada una bandeja llena de rosquillas!

—¿Quién nos ha dado estas rosquillas, mamá? preguntó Luisa.

—El pobre de ayer os lo envía, hijos míos, respondió la madre sonriendo.

—¿Cómo puede dar un pobre lo que no tiene? interrogó Felipe.

—Tambien los pobres son ricos, contestó la madre, porque si, bien ellos en la realidad nada pueden darnos, sus ruegos son para con Dios muy poderosos, y el Omnipotente se encarga de darnos lo que el mendigo no puede.

EL PERRO INTERCESOR.

No hace mucho tiempo que deseoso de dar un paseo por el campo salí de mi casa con el fin de llevar á cabo mi propósito: era un dia hermoso, uno de estos dias que no son muy frecuentes en este inconstante clima de Madrid. Salí por la puerta de Bilbao, y á corta distancia de este parage y al pié de cierto paredon derruido é inmediato á una casa campestre de mala construccion, observé que un muchacho que apenas contaba doce años, se entretenia en montarse sobre un perro mastín y en obligarle á que le paseara; pero el animal no teniendo las fuerzas necesarias para sostener al muchacho, daba dos pasos y caía en el suelo fatigado. Me aproximé un pocomas y escuché que le decia:

—¿No quieres pasearme, Noble? pues toma.

Y con el látigo que tenia le pegaba. El animal ahullaba dando á entender con sus lamentos la injusticia de su dueño. Sin embargo, el chico inflexi-

ble y obstinado volvió á subirse sobre el perro, y este á los dos pasos tornó á caer en tierra. Enfurecido el muchacho cogió una enorme piedra que amarró con un cordel y atándola en seguida á la cola del enfurecido animal, enarboló su látigo y comenzó á pegarle para que anduviese con el peso que llevaba; pero Noble tirándose en el suelo por tercera vez, dirigía la vista á su amo como suplicándole que no fuera tan cruel.

Yo entonces no me pude contener, y avanzándome al tiránico zagal le arranqué el látigo que tenia en su mano, y desembarazando á Noble de su insupportable peso, obligué al muchacho á que á su pesar se dejase atar á sus cabellos la piedra que habia puesto al mastin, y con el látigo empecé á pegarle tambien para que anduviese.

—¡Adelante, señor mio! le dije.

El chico comenzó á llorar.

—¡Hola! proseguí, parece que no



le gusta ser tratado como vd. trata á los demas.

El muchacho continuó lamentándose, y Noble me ladraba; pero de cierto modo que parecía pedirme el perdon del mismo que le habia maltratado, levantando sus manos que colocaba sobre mi pecho, ahullando y meneando la cola.

—Si Noble, no me implorara con tanta elocuencia el perdon de vd., señorito, en la misma disposicion que está ahora habia de pasear las calles de Madrid. Dé vd. las gracias á su perro, puesto que por él está vd. libre de castigo.

Y diciendo esto, me apresuré á quitar de los cabellos del rapaz la piedra que suspendian.

—Señor, me dijo el muchacho con voz conmovida por el arrepentimiento, y acariciando al perro que le miraba con ternura. Yo quiero que vd. se lleve á mi Noble; le he maltratado mucho y no debo ser su amo.

—No señor, téngalo vd. consigo, y en adelante repare vd. la dureza y la tiranía que ha tenido hácia el pobre

animal. Ya vé vd. como á pesar de todo, el perro le quiere, y por lo tanto, vd. es quien debe consolarle.

—Sin embargo, repuso el muchacho: me parece que no querrá Noble estar á mi lado por mas tiempo.

—Ahora lo veremos, contesté: tomemos distintas direcciones, le llamaré y desde luego conoceremos á quien de los dos quiere mas.

El muchacho se alejó, yo tomé el opuesto camino, y llamé al perro por su nombre; pero Noble siguió á su verdadero amo. El muchacho entonces le abrazó con ternura y ofreció no volverle á castigar.

Yo di mi paseo, siempre acordándome de esta escena y reflexionando á la vez que el remordimiento es como una lanceta que hiere para curar.

HECHO HISTORICO.

LA HONRADEZ DE UN JOVEN PRODUCE UN GRAN SUCESO.

Mientras los españoles sostenian en 1583 el largo, porfiado y mortífero sitio de Amberes, ocurrió un pequeño

incidente que fué causa de un gran suceso.

Una señora de categoría, cayó enferma en la ciudad y necesitaba para su curacion tomar leche de burra. Como era imposible podérsela proporcionar dentro de la plaza, un jóven se ofreció á salir á buscar una en el arrabal, aun que estaba ocupado por los sitiadores; y en efecto ya la traía cuando fué preso y presentado al duque de Parma.

Este general trató al jóven con mucha bondad, alabó el objeto de su empresa, hizo que cargasen á la borrica de perdices, capones y cuanto podia ser útil á un enfermo, mandando que todo fuese llevado á la señora y que se anunciase al consejo y pueblo de Amberes, que les deseaba toda clase de prosperidades.

Esta inesperada generosidad del duque de Parma, fué causa de una re-

volucion general á favor suyo: se decidió que era preciso enviarle en nombre del pueblo confituras y el mejor vino que hubiese en la ciudad. Los ánimos se fueron calmando insensiblemente con estas atenciones reciprocas, y se fué conociendo que los españoles no eran tan feroces como se habia creído. Esta opinion fué causa de que no se llevase la resistencia hasta el último extremo como se hubiera hecho sin este motivo, y de que se evitasen muchos males tanto para los sitiadores como para los sitiados.

La toma de esta importante plaza causó tanta alegría á Felipe II, que habiéndole llegado la noticia por la noche, fué en seguida, á pesar de lo austero y misterioso que era, á llamar á la puerta de la habitacion de su hija Isabel para decirla en voz alta:

—Amberes es nuestra.

HISTORIA NATURAL.

EL AVE DEL PARAISO.



Pocos de nuestros jóvenes lectores habrá que no hayan oído nombrar esta famosa ave, cuyas plumas hermosísimas sirviendo de adorno á las señoras han hecho su nombre popular; sin embargo su historia no es conocida y está desfigurada con mil absurdos errores: por fortuna la ciencia, que en este ramo, como en todos, hace sensibles progresos, puede apreciar en el dia los hábitos de tan lindo pájaro, gracias á las verdicas relaciones de ilustrados viajeros. Hé aquí algunas de sus principales cualidades.

El ave del paraíso prefiere para su morada los puntos mas espesos y solitarios de los bosques: cuando el cielo está sereno se posa en lo mas encumbrado de los árboles, pero si amenaza tempestad, al punto se esconde, teme-

roso sin duda de que la accion de la atmósfera perjudique á su bello plumage y natural delicado. Su vuelo es rápido y ondulante, y el lujo de sus plumas le obliga á tomar siempre una direccion contraria al viento para que estas permanezcan plegadas al cuerpo.

No sabemos que se haya logrado nunca domesticar á estos pájaros. Valientes, pendencieros y vengativos, persiguen con encarnizamiento á sus enemigos por muy superiores que sean en fuerzas. Se cuentan mil fábulas sobre el modo de alimentarse; hay quien dice que solo viven del rocío y aroma de las flores, pero esto no es verdad, porque está probado que se mantienen con insectos.

Por mucho tiempo se estuvo en la creencia de que estos pájaros permanecian siempre volando sin poderse posar en ninguna parte; á este error ha dado origen el modo como los discen los insulares de Nueva Guinea que les quitan las patas y les atraviesan un

palito por el cuerpo para mantener desplegadas las alas.

La lámina que acompaña este artículo representa una de las clases de esta

ave llamada *la Incomparable ó urraca del Paraíso*; el primer nombre se le dió un Mr. Gervef-Arntz de Rotterdam que fué el primero que la poseyó en Euro-



pa, y el segundo nace de la semejanza que tiene con la urraca de nuestros climas.

A cada lado de la cabeza tiene un moño de plumas que levanta ó pliega á su antojo; su plumage, es un bellissimo

mosaico de colores, azul, violeta, verde, encarnado, amarillo y rojizo perfectamente combinados á cuyas dotes reúne un brillo admirable y una gracia sin igual en todos sus movimientos.

